

ELOGIOS ACADEMICOS**A la memoria del Sr. Dr. José Ramón Icaza ***

Por el Dr. Gabriel M. MALDA,

académico de número y presidente de la Sección de Cirugía General

Esta noche tiene que ser perdurable en los anales de la Academia Nacional de Medicina. Hoy nos congregamos para memorar a uno de nuestros más distinguidos académicos, al Sr. Dr. Ramón Icaza; hombre que fué amigo sincero, leal compañero, maestro distinguido, y que nos legó a los que fuimos sus discípulos, la estela luminosa de su ejemplo, de su bondad y de su sabiduría.

Conservo en mi memoria el recuerdo diáfano e imborrable de la primera vez que le conocí. Entonces era yo joven, estudiaba el tercer año de medicina en nuestra Facultad. Los alumnos de la escuela teníamos la costumbre de concurrir los miércoles a escuchar las brillantes sesiones de la Academia, deseosos de aprender, y ávidos de conocer a aquellos ilustres varones que formaban en aquel entonces, el cuerpo más culminante, más conspicuo y representativo de nuestra profesión médica.

El salón de la Academia en aquellos tiempos era una improvisación; forjado de madera, y colocado en uno de los patios de nuestra escuela, donde hoy se encuentra la hermosa aula de conferencias que todos ustedes conocen y han frecuentado.

Aquel patio era de inmarcesibles recuerdos; marcaban los estudiantes de años superiores rumbo al lado oriente, una pequeña pieza donde había vivido un talentoso estudiante, un pobre muy pobre, pero de imborrable memoria: Manuel Acuña. El poeta de nuestra juventud, que unido a Gustavo Bécquer nos amenizaba y dulcificaba los áridos estudios anatómicos.

Todos los estudiantes de aquellas felices épocas pasábamos por una iniciación, por una "novatada"; pero novatada que nos marcaba el camino de la cultura, de la intelectualidad, y del progreso; que nos enaltecía, que nos dignificaba ante nuestros maes-

* Leído en la sesión del 24 de octubre de 1945, en que fué descubierto el retrato del Dr. Icaza, presidente de la Academia en 1899-1900 y 1908-1909.

tros y ante la sociedad. Todos procurábamos subir, nunca bajar ni degenerar. La iniciación consistía en que, al hacer la práctica de nuestras primeras disecciones, en la mente de cada uno de nosotros debía surgir el poeta desaparecido, víctima su sangre del letal cianuro. Su hermosa poesía "Ante un cadáver", era la iniciación intelectual obligatoria que se nos exigía.

"Y bien, aquí estás sobre la plancha
Donde el gran horizonte de la ciencia
La extensión de sus límites ensancha!"

Empero, ese salón pobre, en que vivió la Academia, edificado en ese patio de tanta historia, fué el escenario de una época imperecedera. Al demolerlo la mano de Aureliano Urrutia, todos experimentamos la sensación de que se apagaban las vibraciones de tantos pensamientos y palabras grabados en aquellos tabloncillos de feliz memoria.

En ese salón, por vez primera conocí al maestro, cuya efigie será descubierta dentro de breves instantes. En esa pequeña aula su palabra vibró, su erudición convenció, y su sabiduría ilustró.

En ese salón se suscitaron trascendentales discusiones entre Don Juan María Rodríguez y Don Eduardo Licéaga, sobre la obligación que se implantaba de colocar los tubos ventiladores en las instalaciones sanitarias.

Allí también vibró la palabra de Angel Gaviño, de Manuel Toussaint, de Fernando Zárraga, de José Terrés, de Gregorio Mendizábal, con motivo de la prolongada polémica del microbio del tifo, que creían haber descubierto Ignacio Prieto y Francisco Hurtado. Todas estas conmovedoras discusiones, ni el tiempo ni el olvido, ni la ingratitud, podrán hacer desaparecer; viven y continuarán viviendo en los archivos de nuestra Academia.

Una de esas noches, me encontraba al lado de mi maestro el Dr. Icaza, quién también había tomado la palabra en lo más álgido de la discusión, cuando inesperadamente se presentó D. Justo Sierra, Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes en aquellos tiempos. La sesión era tormentosa; no había cupo para el innumerable público, formado por médicos, estudiantes, periodistas, y curiosos. Pasa el ilustre funcionario entre la valla que for-

maban los concurrentes, y toma asiento con la mesa directiva, anunciando haber obtenido el acuerdo del Sr. Presidente de la República, General Porfirio Díaz, de otorgar dos premios: uno de cincuenta mil pesos al descubridor del germen del tifo, y otro al que presentase su terapéutica.

Excuso decir la conmoción, el entusiasmo y la buena impresión que produjo aquel anuncio, el que apagó en álgido momento rencillas y pasiones.

El Dr. Icaza, con aquella voz delicada, dulce y exquisita con que la naturaleza lo había dotado, confidencialmente me dice estas palabras: "En la vida siempre he ambicionado el ser oportuno".

Debo perfilar al Dr. Ramón Icaza como profesor, como académico, como cirujano, y como el caballero exquisito y el médico dotado de una deontología inmaculada.

Como profesor lo fué en nuestra Escuela N. de Medicina, de patología interna, de anatomía general y topográfica, de ginecología, de terapéutica quirúrgica; y profesor también fué de tercer curso de clínica quirúrgica. Tuvo también los cargos de prosector y ayudante de anatomía topográfica. Por último, fué director de la Escuela en diciembre 13 de 1909.

La cátedra de medicina operatoria la obtuvo por una brillante oposición. Cuando yo pasé a ser alumno en esta última materia, experimenté una sensación inefable al concurrir a su primera cátedra.

Habíamos terminado mis compañeros y yo el tercer año de medicina encauzado por los profesores Francisco de P. Chacón, Maximiliano Galán y Francisco Vázquez Gómez, que en aquellas épocas eran el terror de nosotros los estudiantes. Era la severidad de aquellos varones de tal manera exagerada, que una sola cátedra que se dejara de responder era suficiente para tener el estigma de una reprobada. Las clases al pie de la letra, y aun más, la puntualidad y exquisita educación, eran atributos que exigía ese jurado para formular el veredicto aprobatorio. Se decía en lenguaje estudiantil este apotegma: "El estudiante que pasa el tercer año de medicina puede tener ya la esperanza de llegar a ser médico" ¡Cuántos alumnos anclaron ante este jurado! Otros cambiaron de profesión, y otros más terminamos agotados, neu-

rasténicos, psicasténicos, y aun tuberculosos, por las prolongadas vigiliias, el agotamiento nervioso, y el gasto de las defensas orgánicas.

Al llegar a la cátedra del Sr. Icaza, ¡qué contraste! ¡Cuánta dulzura, cuánta benevolencia, cuánta ayuda! Parecía que al ver su figura veíamos a la del Redentor, que iba a darnos la mano y a velar por todos nosotros. Tal vez su claro talento leía en nuestros semblantes pálidos y demacrados, las plegarias interiores que pronunciábamos pidiendo protección y ayuda.

Una tranquilidad indescriptible, un bálsamo inefable, invadía nuestro espíritu; un contraste del pasado con el presente hacían surgir nuestros bríos juveniles y volver a la vida.

Las cátedras del Dr. Icaza eran conversaciones hacia nosotros de su experiencia personal; de lo que había digerido en el curso de los años en medio de éxitos y de sinsabores. Nunca lo recuerdo expresándose con ampulosidad, ni ostentando bibliografías que en muchas ocasiones ridiculizan a un profesor. Lo recuerdo hablando y explicando sus fracasos, y subrayando los consejos para evitar malos ratos.

En los exámenes era un gran psicólogo; nos conocía a todos los que éramos sus alumnos, de lo que podríamos ser capaces de hacer, y nos evitaba la pena de una mala calificación, que si para el alumno era bochornosa, para aquel maestro de tan exquisita sensibilidad y de tan gran corazón era un tormento.

Lo recuerdo en mi examen de operaciones como si hubiera sido ayer. Me invita a pasar a la plancha donde estaba el cadáver, indicándome que practicara la "resección de la clavícula". Esta operación era temida por nosotros los estudiantes, debido al mal material cadavérico en que se trabajaba.

Cuerpos extenuados, sin huellas de grasa protectora para los órganos nobles, nervios y vasos; el desprendimiento del periostio con la legra, presentía un escape del instrumento y la herida de la vena o arteria subclavia. Todo delicado, y más aún ante la inspección sugestiva de los sinodales.

Cuando terminé mi prueba ya triunfante, el Dr. Icaza la inspeccionó y me dirigió estas delicadas palabras: "¿Por qué tenía usted tanto miedo? Yo sabía que lo podía usted hacer. No

abandone sus estudios anatómicos". Aquello fué una profecía; el correr de los años unido con el destino, me indujeron a dar las cátedras de disecciones de anatomía y de anatomía topográfica en nuestra Facultad por muchos años. Empero, aún más, él me alentó y estimuló para entrar a la oposición de anatomía normal y patológica en esta Academia; sillón que estaba vacante por la muerte del Dr. Francisco de P. Chacón de tan feliz memoria. El Dr. Icaza formó parte de mi jurado; él contribuyó inconscientemente por este medio, a proporcionarme los momentos deliciosos por los que hoy paso, de hablar acerca de él, lo que perdurará en mi memoria mientras la vida no se aparte de mí.

Con el aspecto de académico, lo conocí por vez primera, en el vetusto salón a que ya he hecho referencia. Las impresiones juveniles nunca se borran; el cerebro en esta época de la vida está para captar, no para desperdiciar. Lo recuerdo hablando de la operación de Stromeyer, defendiendo con énfasis y con gran convicción la sutura de la pleura.

Los cargos que desempeñó en nuestra corporación fueron: secretario segundo, secretario primero, secretario perpetuo; vicepresidente en el año de 1907 a 1908; presidente en dos ocasiones, de 1899 a 1900. y 1908 a 1909.

Sus trabajos publicados son abundantísimos, y me limito a señalar unos cuantos: "Algunas consideraciones acerca de la operación de la traqueotomía". "Algunas consideraciones acerca del eczema". "Cistitis calculosa". "Epitelioma del pene" "Un caso de septicemia sobreaguda con desarticulación del hombro". "Fibroma situado en la región carotidea y supra-clavicular con su extirpación". "Dos casos de obstrucción intestinal por hernia diafragmática". "Curación de hernias inguinales". "Consideraciones sobre la intervención operatoria de las hernias umbilicales". "Algo acerca del tratamiento de las hepatitis supuradas". "Algo sobre el tratamiento quirúrgico de los derrames de la pleura".

Además, el Dr. Icaza presentó en esta Academia numerosos dictámenes acerca de los trabajos de varios académicos y cursos de clausura referentes a esta Academia, lo mismo que una alocución brillante sobre el Dr. Francisco de P. Chacón.

El Dr. Icaza, juzgado como cirujano, puedo decir que estaba

impregnado por una estética quirúrgica que le era congénita; operaba dibujando sus incisiones; tenía presente la belleza de las cicatrices, y en aquella noche de feliz memoria para mí por haberlo conocido, sostenía con la convicción y seguridad que dan los conocimientos, que la incisión curva en la resección costal dejaba una cicatriz menos desagradable que las incisiones en forma de T o en doble T.

Su exposición oral seducía, como también la de todos aquellos académicos de su época que, siendo grandes médicos, elegidos clínicos, y hábiles cirujanos, eran también elegantes oradores y cultísimos literatos.

Múltiples fueron las sesiones de esta Academia en que la voz del Dr. Icaza ilustró al auditorio. Las actas de nuestros archivos confirman mi aseveración. Época feliz fué en la que vivió este distinguido varón, que fué sabio y que fué bueno; época en la que a la tranquilidad del espíritu y a la paz del medio ambiente se unía el respeto a la propiedad y a los derechos del ciudadano que eran sagrados. El hombre podía trabajar, dedicarse al estudio y al ejercicio de su profesión, sin que nadie lo perturbase en su labor de altruísmo y trabajo.

El hábito, es decir, la repetición frecuente de las mismas acciones, ejerce en el ser humano influjo poderoso. Los actos se han incorporado a nuestra naturaleza, se ha creado una necesidad nueva; se ha engendrado en nosotros un "hábito".

Cuando llego a este salón y me siento en el sillón de académico, una fuerza irresistible me atrae hacia los retratos de los académicos que nos contemplan y observan nuestros actos, y si espiritista fuese, apreciaría en cada uno de ellos una súplica, un mandato, una orden.

Todos estos retratos que la mano del artista hizo nacer, tienen espíritu; son espíritus superiores, de hombres inmaculados, que murieron con la fe inquebrantable de que vendría un mundo mejor. ¡Cuánto habrían sufrido al presenciar las tragedias mundiales por las que estamos pasando! Como la edad es el coeficiente más eficiente del hábito, nunca hubieran podido vivir en el medio tan radicalmente cambiado de usos y costumbres por el que estamos pasando. Todos ellos eligieron el momento propicio de morir. ¡Supieron morir! El Dr. Ramón Icaza fué uno de ellos.

Nunca he sido conservador; he pregonado siempre que se debe evolucionar y hacer evolucionar. Empero, no despreciar jamás el pasado; no creer que la vejez no sirve para nada; no aniquilar la inteligencia con este gran sofisma, y si es cierto que el anochecer de un mundo y el alborear de otro se mezclan misteriosamente en nuestras sienas iluminadas por dos crepúsculos en los momentos actuales, también es verdad que el pasado, el presente y el porvenir forman una trinidad, que la fuerza intelectual del hombre es impotente para destruir, demoler y desunir.

La naturaleza prodigó al Dr. Ramón Icaza muchos dones. Una cabeza bien esculpida, frente despejada, cerebro de grandes inspiraciones; vista penetrante para descubrir los recónditos secretos del diagnóstico; palabra tan armoniosa como un cántico en sus labios; divina luz en su pensamiento para contener la llama de las pasiones. Manos delicadas y puras que al dividir las carnes parecía que las acariciaba.

Al hacer su apoteosis me considero impotente y pequeño; mis pensamientos bullen en tropel como el volcán que anuncia que va a arder; pero mis vocablos no corresponden a lo que pienso y a lo que siento.

El Dr. Ramón Icaza, como caballero y en el ejercicio moral de su profesión, puedo compararlo al genio, que es mortal para aquel que lleva su voraz llama en la frente. En efecto, un gran artista, un gran poeta, un gran filósofo, dobla en los demás los goces de la vida, y para sí mismo se resigna a seguir la vida de las penas. Don Ramón Icaza fué el símbolo de la bondad y de la caridad. Los que estaban a su rededor se alumbraban con su luz, y se animaban con su calor.

Pero esa luz que irradiaba y ese calor que consumía, lo iban agotando, minando. Un ser que padece por redimir a otros seres no puede eximirse del dolor que le trae su propia grandeza!

El excesivo trabajo, el agotamiento que producen los dolores y penas de los que padecen, van lastimando marcadamente los tejidos, y principalmente en el médico que ejerce una profesión tan llena de conmociones; cuando ese ejercicio profesional no ha llevado por mira la avidez del dinero ni la ambición de los puestos, ni ha buscado la satisfacción de los triunfos y laureles. La vida

se va acortando; y esos implacables que se llaman los años, van caminando imperturbables rumbo a su destino. El Dr. Ramón Icaza murió el 28 de noviembre de 1926. Los que fuimos sus discípulos enlutamos nuestro corazón, y nos arrodillamos ante el recuerdo de aquella vida ejemplar, que sobre esta tierra de alegría y de miseria, había prodigado consuelos inconmensurables.

No puedo creer, ni creeré nunca, que la humanidad eminentemente religiosa haya orado, al vacío, y pedido consuelos a la nada. No creo que nuestras plegarias sean como los fuegos fatuos de un cementerio, o la evaporación indecisa de un lago, o la sutil niebla disipada por el viento. Personalidades como la del Dr. Icaza nos deben escuchar al dirigir nuestras invocaciones; nos deben marcar la luz y el camino de la verdad, cuando en nuestro cerebro resplandece la gama misteriosa de colores que forma la aurora de las ideas.

¡Oh Maestro, la Academia Nacional de Medicina tenía una deuda sagrada para contigo, un ideal, que esta noche cristaliza, besando tu mano e invocando tu memoria!

Cuando viviste te amamos. Hoy te veneramos a través de los misterios de la muerte! Tus restos ya habrán desaparecido siguiendo la evolución de la materia; pero tu espíritu inmortal y grande, está depositado en el alma de los que te conocimos y aquilatamos. Vivirás en los recuerdos de esta Academia; te animará nuestro cariño, te congratularán nuestras acciones ajustadas al modelo que nos legaste como una herencia santa.

Feliz tú que has muerto bendecido por todos. Las sombras de la ciencia y de la gratitud cubren tu sepulcro. Tu cuerpo descansa en paz; pero, tu alma, cada uno de nosotros la lleva en el santuario de su corazón.